

De este v
O. Completas v
67

69

SOBRE "UN" DICCIONARIO ARGENTINO". II. / "La Nación", 3-77
Buenos Aires (República Argentina), 13 setiembre
1911/

SOBRE UN "DICCIONARIO ARGENTINO"

(Para LA NACION)

II

SALAMANCA, agosto de 1911.

Quisiera haber tomado la pluma para continuar mis comentarios al «Diccionario argentino» de D. Tobias Garzón, he aquí que tropiezo con el número correspondiente á enero y febrero de este año del «Boletín de instrucción pública», órgano oficial de la secretaría de instrucción pública y bellas artes de la República de Méjico. Este «Boletín de instrucción pública» mejicano, es una de las revistas de educación y cultura más nutridas y más sólidas y por lo tanto más interesantes. Bajo su aspecto exterior un tanto macizo y burocrático encierra mucha y muy buena doctrina. Publícase en él, entre documentos oficiales, interesantísimos informes y de los más interesantes los que desde Madrid remite nuestro gran poeta Amado Nervo, espíritu muy complejo y muy laborioso.

En estos números, 1 y 2 del tomo XVI, del «Boletín de instrucción pública» de Méjico, hay entre otros informes de Amado Nervo, uno sobre la hipertrofia del idioma en que comenta cierto editorial de «El Imparcial» de Madrid, que acababa diciendo que el castellano se atrofia por los neologismos y que perdemos así insensiblemente el idioma. Nervo añade que Antonio de Zayas le decía que hay una vesuelta mala voluntad para encontrar el equivalente castizo de las palabras extrañas más en uso. Yo, por mi parte, creo que hay otra cosa, y es desconocimiento de la vida.

Nuestros niños de las ciudades pasan de la escuela al instituto ó liceo y de éste á la universidad sin haber adquirido conocimientos vulgares de cosas concretas. De una vida de experiencia restringida y pobre pasan á los libros. Su conocimiento directo é inmediato de «cosas» es muy pobre.

Entran en la ciencia, con su tecnicismo que rara vez se libra de ser pedantesco, sin haber logrado conocimiento de objetos y operaciones de naturaleza y de arte. No conocen ni plantas, ni animales, por sus nombres vulgares, no conocen instrumentos y operaciones de oficios; no distinguen, v. gr. el zacho del almocafre, no han entrado en un telar mecánico, ni han aprendido los nombres de las distintas operaciones hasta que sale el paño á la venta. Y van luego á estudiar, por ejemplo, geología y en libros traducidos del francés se encuentran con la palabra «thalweg», que los franceses á su vez tomaron del alemán, y que significa lo que las gentes de nuestros campos llaman «banada» ó dicen «morrena» á lo que estas gentes llaman «canchal». Y en el fondo no es ignorancia de nombres, sino de cosas.

Pero hay por otra parte objetos é ideas



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



que no pueden tener nombre vulgar castellano por la poderosísima razón de que no han sido conocidos en Castilla. Las máquinas de hilar que en inglés se llaman «self-acting», esto es, que obran por sí mismas, fueron introducidas de Inglaterra en España, y con ellas su nombre. Y aquí cerca, en Béjar, ciudad industrial, las llaman «selfatinas». «Trole» se le llama á la pieza del tranvía eléctrico que en inglés «trolley».

Ahora bien: estos nombres casi siempre empieza por introducirlos un sujeto y no puede decirse que sean propios de un pueblo ó una región hasta que éstos lo acepten. El neologismo empieza por ser individual y pasa á ser regional ó nacional cuando la región ó la nación lo adoptan. No basta, pues, que un argentino, un peruano, un mejicano, un español, etc., adopten y lancen á la circulación un vocablo para que se pueda estimar al tal vocablo como argentinismo, peruanismo, mejicanismo, españolismo, etc. Y de casos de éstos está plagado el «Diccionario Argentino» del señor Garzón.

Las más de las voces, en efecto, que como argentinismos figuran en este diccionario, son voces tomadas de libros, revistas ó artículos de periódicos, y la inmensa mayoría de ellas tan en uso en libros, revistas ó diarios de España ó de Méjico como de la Argentina. Y otras son voces de uso poco más que individual.

Muchas de esas voces son ó términos técnicos ó científicos y traducciones de otras lenguas. ¿A quién se le va á convenir de que es un argentinismo llamarle «acrídido», y, g. á la langosta saltona, porque «La Voz del Interior» de Córdoba, en la sección telegráfica del número de 24 de abril de 1904 le llamase así? Sigo repasando el diccionario, y topo con la voz «adjuntar» en el sentido de acompañar, juntar ó agregar una cosa á otra, y en el de remitir una cosa adjunta á otra. Y añade el autor: «Casi no hay una nota ofi-

cial, ó una carta que en llegando la ocasión no lleve este verbo consagrado por el uso de la gente educada en nuestro país.» ¿En eso país, eh? y también en España, en España también. ¿La Real Academia—agrega el señor Garzón—quiere que se diga acompañar, remitir ó enviar adjunta la cosa á que referimos nosotros el verbo adjuntar.»

¿Nosotros? ¿Quiénes? ¿Los argentinos? Y los españoles también, también los españoles. La Real Academia querrá lo que quiera, pero la Real Academia ni es España en cuestión de lengua, ni siquiera la representa, no me cansaré de repetirlo.

Estos comentarios corren el riesgo de perderse en detalles, pero como se dice que para muestra basta un botón, continuaré por la a.

En la voz «adoquín» nos da el autor como argentinismo el aplicarlo á una persona para decir que es ruda y tarda en comprender, que es un zoquete. ¡Pero si no hay cosa más corriente en España!

Como argentinismo señala también la voz aeroplano. (!!!). Claro está, no figura en la última edición del diccionario de la Real Academia, puesto que cuando esa edición se publicó, hacía ya una docena de



años, no eran generalmente conocidos los aeroplanos.

Este examen es el cuento de nunca acabar. Llamar argentinismo al modismo latino «a fortiori», porque lo haya empleado ahí P. Groussac, como aquí lo han empleado muchos, es también algo excesivo. Ni hacen falta las autoridades que el autor aporta para apoyar la voz «agropecuario», voz puramente técnica del mismo uso ahí que aquí. Que «ajedrecista» sea argentinismo es otro exceso. Pero... ¿á qué seguir?

Por cualquier sitio que se abra el «Diccionario argentino» del señor Garzón se encuentra uno con lo mismo. Si su autor, en vez de limitar sus investigaciones á los libros, revistas y diarios publicados en la Argentina las hubiese extendido á los que se publican en las demás naciones de lengua castellana, incluso España, habría visto desvanecerse ese ilusorio argentinismo en los más de los casos.

Claro está que con esto y con todo la obra del señor Garzón es meritísima y que algunas voces hay en ella, aunque bien pocas, que la Argentina ha introducido en la circulación general de nuestro común idioma. Ahora, de momento, recuerdo dos: «cancha» y «tongo», que de ahí nos trajeron los pelotaris ó pelotales.

Y volviendo á los neologismos individuales, hay que andarse con mucha cuenta con ellos y no darles carta de naturaleza hasta que el uso común los haya sancionado. Lo patológico en el lenguaje es lo individual, es lo que procede ó de capricho ó de una reflexión más guiada. La semiciencia hace á este respecto más estragos que la ignorancia. Un conocimiento lingüístico imperfecto nos descarría más que el instinto lingüístico del pueblo.

Desde hace algún tiempo se ha puesto en circulación el término «encuesta» (sic) para lo que los franceses llaman «enquête», una inquisición que se hace dirigiendo á varios sujetos un interrogatorio. La voz es de abolengo, pero no en esa forma sino en esta otra: «enquesta», sin que la u suene. Del verbo requerir tenemos requisición, requisito y requerimiento, de adquirir adquisición, del antiguo conquistar conquista, de inquirir inquisición. Y por analogía podemos formar de inquirir ó «enquerir» inquirimiento, inquisitoria, inquisición y al modo de conquista inquistista ó enquistista y aun encuesta, pero nunca encuesta. No se dice «conquista» ni «adquisición». ¿De dónde salió, pues, esta equivocación de hacer sonar la u muda de «enquesta»? No lo sé, pero aseguro que es de origen individual.

Y pasando á otra cosa, no quiero concluir sin hacer notar que nada de extraño tiene que un argentino como el señor Garzón tome por argentinismos voces corrientes y usuales en España, cuando un español, y un español tan culto como Ciro Bayo en su «Vocabulario criollo-español sudamericano» incluye no pocas voces corrientes en España, y algunas que hasta trae el diccionario de la





Academia, como, verbigracia, «verija». Sin duda el señor Rayo no montó mucho en España ni anduvo aquí á la jineta y fué ahí, en América, donde adquirió conocimientos de cosas referentes al caballo. Y esto les pasa á muchos. No es nada raro, sino muy frecuente que un gallego, asturiano, pasiego, vasco, catalán ó valenciano haya aprendido á hablar castellano en Méjico, en Cuba, en el Perú, en Chile ó en la Argentina, como habría podido aprenderlo en Castilla si á Castilla hubiese venido de joven en vez de emigrar á América y es natural que ese gallego, asturiano, pasiego, vasco, catalán ó valenciano se equivoque estimando voz ó giro criollo el que en América aprendió, aunque sea de común y corriente uso en alguna región castellana ó en Castilla toda.

No me cansaré, pues, de repetir y no mil veces, sino doscientas mil que la inmensa mayoría de las supuestas peculiaridades del castellano en América no son tales peculiaridades y que el error procede del escasisimo conocimiento del castellano popular y vivo, al que no hay que juzgar por el lenguaje, ordinariamente hórrido y pobre, de nuestra prensa central y de nuestros publicistas. Es más, naciones hay en América, como Colombia, donde se escribe en general un castellano mucho más castizo que en España. Y no pocas viejas voces, de abolengo, se están refugiando ahí, lo cual sabía muy bien Sarmiento que entre otras jactancias abrigaba, y con razón, la de escribir un buen castellano. Podrá ser, en efecto, la lengua de Sarmiento más ó menos desaliñada y algo abundosa en demasía—al fin era lengua viva, hablada—pero era su lengua una lengua profundamente española, hasta en sus defectos. Aquel hombre singular—¡y tan singular!—aquel argentino que por ser muy español parece como que habló tantas veces mal de España, escribía su viejo castellano de San Juan de Cuyo y lo escribía al correr de la pluma, en mangas de camisa como si dijéramos, sin preocupaciones de hacer estilo. Y así resulta que le tiene.

Lo he dicho antes de ahora y lo vuelvo á decir. Cuanto más cerca de su pueblo esté un escritor cualquiera americano escribe una lengua tanto más española. Y Sarmiento tenía alma de pueblo. La deformación de la lengua viene del trato con libros extranjeros y procede casi siempre de malas traducciones.

Sin que influya, como pudiera creerse, la inmigración de gentes extrañas. En esa Argentina, v. gr. hay un fuerte contingente de sangre italiana y sin embargo en la lengua común y corriente que hablan y escriben cuantos argentinos he conocido, incluyendo entre ellos á los hijos de italianos, no se nota la menor influencia italiana. El galicismo es mucho, muchísimo más frecuente que el italianismo y la proporción de sangre francesa ha de ser insignificante junto á la de italiana. Y es que la lengua no entra por la sangre. El idioma de los niños no es el de sus padres sino el del ambiente en que se crían; hágase lo que se quiera aprenden á hablar no en casa, sino en la calle.





No abrigo temor alguno respecto al porvenir de nuestra lengua en América pero es menester que no pretendamos los españoles llevar el monopolio de la lengua. En otra nota de Amado Nervo que aparece en el mismo ya citado doble número del «Boletín de Instrucción Pública» de Méjico hablando de la expansión de nuestra lengua y revolviéndose con razón contra los mentecatos que aquí se burlan del modo que tiene el americano de pronunciar el castellano dice:

«¡Qué conducta tan distinta la de los alemanes!» Jamás veréis á un alemán, dice Mr. Georges N., reir de las deformaciones que en los «patois» ó dialectos de los pueblos fronterizos alteran la lengua de Goethe. Lejos de eso, los alientan. Los consideran como avanzadas de la «cultura alemana», y por lo mismo, de las empresas alemanas. Mas aún, esos «patois» y dialectos los hablan ellos mismos».

«He aquí, cuál debe, pues, ser la conducta lúcida de los que hablamos el castellano y queremos que se propague esta lengua admirable. Dejemos que los que quieran aprenderla empiecen por hablarla mal. No riámos jamás de su acento, de sus ensayos, de sus balbucesos. Procuremos, sobre todo, entenderlos, y así atraeremos más y más aliados á la causa nobilísima del idioma y de la cultura hispano-americana, tan amenazadas en estos momentos por la hegemonía de otros pueblos y de otras lenguas».

Hago más estas tan segudas y sólidas palabras del gran poeta mejicano y sólo tengo que añadir estas otras y son que no hagamos caso alguno de la Real Academia Española que es una autoridad desautorizada en cuestión de lengua castellana ó sea nacional de la veintena larga de naciones que la hablan.

MIGUEL DE UNAMUNO.

